

## EL LENGUAJE

El lenguaje puede considerarse como la extraordinaria facultad que ha permitido al hombre, además de expresar sus ideas y sentimientos, adquirir saberes y experiencias ajenas, que perfeccionan y cultivan la inteligencia individual.

Vehículo de expresión y comunicación, el lenguaje, en sus diversas formas, ha ido evolucionando en sintonía con la propia sociedad. La invención de la escritura y más tarde de la imprenta, fueron auténticas revoluciones culturales que permitieron conservar conocimientos y, lo que interesa para nuestro propósito, ir transformando un mero instrumento en algo trascendente, capaz de crear belleza, de suscitar emociones, de sugerir ideas, de producir encanto, de hacer vibrar nuestra sensibilidad.

El objetivo para toda invención, para cualquier capacidad é, incluso, para los mismos seres, es conseguir, cada día, mayor perfección. El lenguaje no puede quedar excluido o al margen de ese impulso y, como don inapreciable de la especie, debe cultivarse con mimo, con delicadeza, y defenderse con valiente energía de los ataques y degradaciones que, por imitación, por incapacidad para crear formas expresivas de nueva belleza y, lo que resulta imperdonable, por simple afán de notoriedad o lucro, se están produciendo.

En recientes obras premiadas que no quiero recordar y que he leído con paciencia franciscana, puede comprobarse cómo, no ya el lenguaje, sino hasta la misma temática, lejos de tender a ese fin deseable de alcanzar una estética sugestiva, se hunden en lodazales repelentes, que ni siquiera tienen la virtud de ser ejemplares como revulsivo. Buscar renovadas maneras de expresión, o argumentos "originales", por el sistema de bucear <sup>le</sup> por las alcantarillas de la palabra, de los sentimientos y de la sociedad, recogiendo su hediondez, es

un modo fácil y pobre de crear.

A estos lenguaraces anodinos, arrieros de la pluma, gustadores de boñigas y detritus, obsesos de las mas inauditas aberraciones y perversiones del sexo, les recomendaría la lectura de un Quevedo o de un Cervantes, que sabian tocar y tratar con gracia y elegancia los más escabrosos asuntos, sin que su lenguaje fuera jamás soez ni repugnante.

No trato de defender la cursi exquisitez, ni una moralidad insulsa é irreal; pretendo, sencillamente, que no se prostituya la palabra -ese don divino que poseemos - y que la creación lo sea de verdad y no simple transcripción, sin sentido ni objeto, de inacabable retahila de voces y hechos que, siendo nuestros, pertenecen al inevitable y necesario muladar que se situa, no a la entrada ni en la parte noble, sino en el último y más escondido rincón de la casa, como lugar de desecho.

Hay que tener la valentia de denunciar estas actuaciones y decir, pese al renombre académico del posible autor, que su obra es una estupidez y una porqueria; es urgente no dejarse impresionar por la fama del genio. Yo tengo la certeza de que algunos de ellos, en las varias facetas del arte, en muchas ocasiones nos han tomado el pelo, aprovechandose de nuestra cobardía.